

Retiro del 48º Capítulo General de los Misioneros Pasionistas

Homilía del 07 de octubre – Misa de Apertura

“Contemplando il Bambino Gesù che dorme sulla croce, tu devi imparare a dormire interiormente nella croce della sofferenza in dolce silenzio, in fede e in perseverante pazienza”.

“Contemplando al Niño Jesús que duerme en la cruz, debes aprender a dormir interiormente en la cruz del sufrimiento, en dulce silencio, en fe y en perseverante paciencia”.

Queridos hermanos y hermanas en la Pasión de Cristo y en la Pasión de la humanidad:

Durante este día, nos reunimos para reflexionar sobre uno de los aspectos más profundos y conmovedores de nuestra fe y nuestra fraternidad: los misterios de la Pasión de Cristo. Pero en la misa de hoy, lo haremos de una manera un poco inusual. Examinemos estos misterios a través de la lente de la Anunciación tal como nos propone la liturgia de hoy, expresada en el Evangelio de Lucas 1,26-38.

A primera vista, puede parecer una conexión extraña. Después de todo, la Anunciación marca el comienzo de la vida terrenal de Jesús, mientras que la Pasión marca su final. Sin embargo, si miramos más de cerca, veremos cómo estos dos momentos están profundamente interconectados en el plan divino de la salvación y en la práctica cotidiana de nuestro ministerio.

Comencemos recordando las palabras del ángel Gabriel a María: *“¡Alégrate, llena de gracia! El Señor está contigo”* (Lc 1,28). Estas palabras de saludo no son mera cortesía. Anuncian una alegría profunda, pero también una misión de inmenso peso y dolores futuros. María, en su humildad, se inquieta y se pregunta qué podría significar tal saludo.

El ángel continúa: *“¡No temas, María! porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús”* (Lc 1,30-31). Aquí vemos el primer paralelo con la pasión. María es llamada a no temer ante este anuncio sorprendente, Jesús, en el Huerto de Getsemaní, enfrenta su propio miedo ante la cruz inminente.

María, en su inocencia, pregunta: “¿Cómo será eso, pues no conozco varón?” (Lc 1,34). Esta pregunta no presenta una duda, sino búsqueda de comprensión. De la misma manera, Jesús, en su humanidad, busca comprender la voluntad del Padre, rezando en forma de clamor: “Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz” (Lc 22,42).

La respuesta del ángel a María es profunda: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc 1,35). Ese mismo Espíritu Santo que hizo posible la Encarnación es el que sostuvo a Jesús durante toda su vida y especialmente durante su Pasión. En los momentos más difíciles de la cruz, cuando Jesús clama: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46), vemos la culminación de este poder del Altísimo.

El punto central de la Anunciación y de la Pasión es la respuesta de entrega total a la voluntad de Dios. María responde: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Este “sí” de María hace eco del “sí” que Jesús daría a lo largo de toda su vida, culminando en su Pasión cuando dice: “no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22,42).

Este “sí” incondicional es el núcleo de los misterios de la pasión. Es la aceptación del plan divino, sin importar el costo personal. María, al aceptar ser la madre del Salvador, anticipaba ya de alguna manera la cruz que su hijo llevaría. Ella no sabía exactamente lo que el futuro le reservaba, pero confiaba plenamente en Dios.

Cuando reflexionamos sobre la Pasión de Cristo, no podemos olvidar el sufrimiento de su madre. En la presentación de Jesús en el templo, Simeón profetiza a María: “una espada te traspasará el alma” (Lc 2,35). Esta profecía se cumple plenamente al pie de la cruz. El dolor de María, previsto desde el principio, nos recuerda que los misterios de la Pasión no se limitan exclusivamente al sufrimiento físico de Jesús, sino que también abarcan el sufrimiento emocional y espiritual de todos aquellos que lo amaban.

Hermanos y hermanas: la Anunciación no es solo el anuncio del nacimiento del Salvador, sino también el preludio de un camino de dolor y redención. María, al decir “sí” a Dios, no solo aceptaba ser la madre de Jesús, sino que aceptaba todo el plan divino, incluyendo el sufrimiento que habría de venir.

Como hijos y misioneros de la Pasión, este paralelo entre la Anunciación y la Pasión nos enseña varias lecciones importantes:

Primero: La importancia de la confianza en Dios: Tanto María como Jesús confiaron plenamente en el plan divino, aun cuando no lo comprendían totalmente.

Segundo: El papel del Espíritu Santo: El mismo Espíritu que hizo posible la Encarnación sostuvo a Jesús durante su Pasión y continúa sosteniéndonos en nuestras propias pruebas.

Tercero: El valor del “sí” a Dios: Decir “sí” a Dios no siempre es fácil y puede implicar sufrimiento, pero es el camino para la realización del plan divino en nuestras vidas y en nuestras comunidades.

Cuarto: La interconexión entre alegría y sufrimiento: La alegría de la Anunciación y el dolor de la Pasión no son opuestos, sino partes interconectadas del plan de salvación.

Quinto: El misterio del amor divino: Tanto en la Anunciación como en la Pasión, vemos manifestarse el increíble amor de Dios, un amor dispuesto a encarnarse y sufrir por nosotros.

Hermanos y hermanas: los misterios de la Pasión de Cristo, vistos a la luz de la anunciación, revelan el esplendoroso amor de Dios por nosotros. Desde el momento en que la Palabra se hizo carne en el vientre de María, hasta el momento en que Jesús entregó su espíritu en la cruz, vemos que se despliega un plan divino: un plan de amor, sacrificio y redención.

Que como María podamos decir “sí” a la voluntad de Dios en nuestras vidas, incluso cuando no entendamos totalmente. Que como Jesús podamos aceptar nuestra cruz diaria, confiando en que el Padre está con nosotros incluso en los momentos más difíciles. Y que el Espíritu Santo, que cubrió a María con su sombra y sostuvo a Jesús en la cruz, nos fortalezca en nuestro camino de fe.

Que la contemplación de estos misterios –desde la Anunciación hasta la Pasión– nos inspire a vivir más plenamente el amor de Cristo en nuestras vidas diarias. Que seamos testigos vivos de este amor, llevando esperanza y compasión a un mundo necesitado.

Y que María, que estuvo presente desde la Anunciación hasta la cruz, interceda por nosotros para que podamos tener el mismo valor y fe que ella demostró.

Por eso, hermanos y hermanas, concluimos esta reflexión con una oración:

María, Señora del Rosario, Madre de Dios y Madre nuestra, tú que has sabido discernir y aceptar la voluntad del Padre con tanta fe y valentía, intercede por nosotros. Ayúdanos a estar atentos a las señales de Dios en nuestras vidas, a buscar su voluntad con sinceridad y a responder generosamente a su llamada en los sufrimientos y alegrías diarias. ¡Amén!